

cuando la grúa levantó aquella piedra, fué atrapado por la cola y sacrificado á la diversión de los jóvenes peones auvernianos ; muriendo de vergüenza, ó bien asfixiado.

El pasante le dijo esta oración fúnebre :

— ¡ He ahí uno que había sido feliz diez años !

*Sic transit gloria mundi.*

En ocho días se halló restaurada la casa como Cagliostro lo había mandado al arquitecto.

## CAPÍTULO XVI.

JUANA PROTEGIDA

Dos días después de su visita á Bøehmer, el cardenal recibió un billete concebido en estos términos :

« El Eminentísimo señor cardenal de Rohán sabe sin duda dónde ha de cenar esta noche. »

— Es de la condesita, dijo oliendo el papel. Iré, iré.

He aquí con qué motivo pedía madama de La Motte esta entrevista al cardenal.

Entre los cinco lacayos puestos á su servicio por Su Eminencia, había merecido su distinción uno de cabellos negros, ojos morenos, color entre sanguíneo y bilioso, síntomas todos que, para la observadora, revelaban una organización activa, inteligente y tenaz.

Mandó llamar á ese hombre, y en un cuarto de hora obtuvo cuanto quería de su docilidad y perspicacia.

Ese hombre siguió al cardenal y contó á su ama que Su Eminencia había estado dos veces, en el espacio de dos días, en casa de los señores Bøehmer y Bossange.



Juana sabía todo lo que necesitaba. Un hombre como el cardenal no regatea. Comerciantes tan diestros como Bœhmer no dejan marchar el comprador. El collar debía estar vendido.

Vendido por Bœhmer.

¡Comprado por el cardenal de Rohán! ¡Y este último no había dicho una palabra á su confidenta, á su querida!

El síntoma era grave. Juana frunció el entrecejo, se mordió los labios, y dirigió al cardenal el billete que hemos leído.

Por la noche se presentó en su casa el señor de Rohán, habiendo enviado delante un canastillo de botellas de Tokay y otras cosillas exquisitas, absolutamente como si fuese á cenar en casa de la Guimard ó en la de la señorita Dangeville.

Este matiz no pasó desapercibido de Juana como no habían pasado tantos otros: afectó no hacer servir nada de lo que había enviado el cardenal; luego, entablado con él la conversación con cierta ternura, cuando se hallaron solos, le dijo:

— Verdaderamente, monseñor, me aflige en extremo una cosa.

— ¡Oh! ¿cuál, condesa? preguntó el señor de Rohán con esa afectación de disgusto que no siempre es señal de verse uno verdaderamente disgustado.

— Y bien, monseñor, la causa de mi incomodidad es el ver, no el que no me amáis ya, sino el que nunca me habéis amado.

— ¡Oh! ¿qué es lo que estáis diciendo, condesa?

— No os justificuéis, monseñor, porque sería tiempo perdido.

— ¿Para mí? dijo galantemente el cardenal.

— No, para mí, respondió netamente madama de La Motte. Por otra parte...

— ¡Oh, condesa! exclamó el cardenal.

— No os desconsoléis, monseñor, porque eso me es del todo indiferente.

— ¿El que yo os ame ó no?

— Sí.

— ¿Y por qué os es tan indiferente?

— Porque yo no os amo.

— Condesa, ¿sabéis que no es muy galante lo que me hacéis el honor de decirme?

— En efecto, no cabe duda que no principiamos con flores: es un hecho, y debemos dejarlo consignado.

— ¿Qué hecho?

— El que yo, monseñor, no os he amado nunca; como vos tampoco me habéis amado.

— ¡Oh, en cuanto á mí, no se debe decir eso! exclamó el cardenal casi con acento de verdad. Os he profesado siempre mucho afecto, condesa; así no midáis mi corazón por el vuestro.

— Vamos, monseñor, estimémonos bastante para decirnos la verdad.

— Y la verdad, ¿cuál es?

— Entre nosotros hay un lazo mucho más fuerte que el amor.

— ¿Cuál?

— El interés.

— ¡El interés! ¡Puf, condesa!

— Monseñor, os diré lo que el paisano normando decía del cadalso á su hijo: Si te repugna, no hagas que repugne



á los demás. ¡Puf con el interés, monseñor! ¡Qué cara ponéis!

— Y bien, veamos, condesa: suponiendo que tengamos nuestros intereses, ¿en qué puedo servir yo los vuestros y vos los míos?

— Primeramente, monseñor, y ante todo, tengo mucha gana de promoveros una disputa.

— Promovedla, condesa.

— Habéis faltado á la confianza hacia mí, es decir, al aprecio.

— ¡Yo! ¿y cuándo? si tenéis á bien decírmelo.

— ¿Cuándo? ¿Negaréis que después de haberme sonsacado pormenores que yo estaba rabiando por daros?

— ¿Sobre qué, condesa?

— Sobre el deseo de cierta grande dama por cierta cosa; vos os habéis puesto en estado de satisfacer ese deseo sin decirme nada.

— ¡Sonsacar pormenores... adivinar el deseo de cierta dama por cierta cosa... satisfacer ese deseo!.. Condesa, en verdad que sois un enigma, un esfinge. ¡Ah! yo había visto perfectamente la cabeza y el cuello de la mujer, pero no había visto las garras del león. Parece que vais á enseñármelas; sea así.

— ¡Qué, ah! No, no os enseñaré nada absolutamente, monseñor; en atención á que no tenéis deseo de ver nada. Lo que haré será daros pura y simplemente la explicación del enigma: Los pormenores son lo que ha pasado en Versailles; el deseo de cierta dama, es el de los diamantes; la cierta dama es la reina; y la satisfacción de ese deseo dado á la reina, es la compra del collar que hicisteis ayer á los señores Bechmer y Bossange.

— ¡Condesa! murmuró el cardenal trémulo y pálido. Juana fijó en él una mirada de las más penetrantes y dijo:

— Vamos, ¿por qué me miráis con un aire tan azorado? ¿por ventura no habéis hecho ayer un contrato con los joyeros del muelle?

Un Rohán no miente, ni aun con una mujer. El cardenal se calló.

Y como estuviese ya para ruborizarse, especie de disgusto que un hombre no perdona nunca á la mujer que se lo causa, Juana se apresuró á cogerle la mano diciéndole:

— ¡Perdón, príncipe mío! me tarda ya el decir os en qué os engañabais acerca de mí. ¿Vos me habéis creído tonta y mala?

— ¡Oh, oh, condesa!...

— En fin...

— No digáis más; dejadme hablar á mi vez. Quizás os convenceré, porque desde hoy veo claramente con quién tengo que habérmelas. Yo me prometía hallar en vos una mujer hermosa y de talento, una quenda encantadora; pero sois más que todo eso. Escuchad.

Juana se acercó al cardenal dejando su mano entre las de él.

— Habéis accedido á ser mi querida sin amarme. Así me lo habéis dicho vos misma, añadió el señor de Rohán.

— Y os lo repito, dijo madama de La Motte.

— ¿Entonces os proponíais un fin?

— De seguro.

— ¿Cuál es, condesa?

— ¿Tenéis necesidad de que yo os lo explique?

— No, porque lo palpo con los dedos. Queréis hacer mi fortuna. ¿No es seguro que una vez hecha mi fortuna, mi



primer cuidado será asegurar la vuestra? ¿No es esto? ¿me he engañado?

— No os habéis engañado, monseñor; eso es. Sólo que, creedme sin rodeos, ese fin no lo he perseguido en medio de antipatías y repugnancias; el camino me ha sido agradable.

— Sois una mujer amable, condesa, y es un indecible placer el hablar de negocios con vos. Decía, pues, que habéis acertado. Sabéis que tengo en alguna parte un afecto respetuoso.

— Lo he visto en el baile de la Ópera, príncipe mío.

— Ese afecto no será correspondido jamás. ¡Oh! Dios me preserve de creerlo.

— ¡Eh! exclamó la condesa. Una mujer no es siempre reina, y me parece que vos valéis tanto como el cardenal Mazarini.

— Ese era también un hombre bellissimo, dijo el señor de Rohán riendo.

— Y un excelente primer ministro, repuso Juana con la mayor calma.

— Condesa, con vos es un trabajo perdido el pensar, pues equivale veinte veces á hablar. Vos pensáis y habláis por vuestros amigos. Sí, me dirijo á ser primer ministro. Todo me arrastra á ello; el nacimiento, la práctica de los negocios, cierta benevolencia que me manifiestan las cortes extranjeras, la mucha simpatía que me manifiesta el pueblo francés.

— En fin, todo, excepto una cosa, dijo Juana.

— ¿Queréis decir excepto una repugnancia?

— Sí, de la reina, y esa repugnancia es el verdadero obstáculo. Lo que la reina ama, es preciso que el rey acabe

por amarlo también, y lo que ella aborrece, el rey lo aborrece de antemano.

— ¿Y ella me aborrece?

— ¡Oh!

— Seamos francos, pues no creo que debemos quedarnos en medio del camino cuando tan bien hemos comenzado, condesa.

— Pues bien, monseñor, la reina no os ama.

— ¡Entonces estoy perdido! ¡no hay collar que baste!

— He ahí en lo que podéis equivocaros, príncipe.

— ¡El collar está comprado!

— Á lo menos, verá la reina que si ella no os ama, vos la amáis.

— ¡Oh! condesa...

— Ya sabéis, monseñor, que hemos convenido en llamar las cosas por su nombre.

— Sea así. ¿Conque decís que no desesperáis de verme algún día primer ministro?

— Estoy segura de ello.

— Me reconvendría de no preguntaros cuáles son vuestras ambiciones.

— Yo os las diré, príncipe, cuando os halléis en estado de satisfacerlas.

— Eso se llama hablar en regla: os aguardo para entonces.

— Gracias; ahora cenemos.

El cardenal cogió la mano de Juana y la estrechó, como Juana había deseado que fuese estrechada algunos días antes; pero ese tiempo había pasado.

Juana retiró su mano.

— ¿Qué es eso, condesa?



— Os digo que cenemos, monseñor.

— Yo no tengo hambre.

— Entonces hablemos.

— No tengo ya nada que decir.

— Entonces separémonos.

— ¿Y es eso lo que llamáis vuestra alianza? ¿Conque me despedís?

— Para ser verdaderamente el uno del otro, respondió Juana, monseñor, seamos enteramente el uno y el otro de nosotros mismos.

— Tenéis razón, condesa; perdonad el que me haya engañado también esta vez acerca de vos. ¡Oh! os juro que será esta la última vez.

Le volvió á tomar la mano, y se la besó con tanto respeto, que no percibió la sonrisa socarrona y diabólica de la condesa en el momento de oír estas palabras:

« Será la última vez que me engañe acerca de vos. »

Juana se levantó, acompañó al príncipe hasta la antesala; allí se paró él, y dijo en voz bajita:

— ¿La continuación, condesa?

— Es muy sencillo.

— ¿Qué debo hacer?

— Nada. Aguardadme.

— ¿E iréis?...

— A Versalles.

— ¿Cuándo?

— Mañana.

— ¿Y tendré respuesta?

— En seguida.

— Vamos, protectora mía, me abandono á vos.

— Dejadme obrar.

Dicho esto, Juana entró en su cuarto, se acostó, y considerando vagamente el bello Endimio de mármol que aguardaba á Diana, murmuró:

— Decididamente, vale más la libertad.

Dueña de un secreto de tamaña importancia, rica de semejante porvenir, y sostenida por dos apoyos tan considerables, Juana se sintió con fuerzas para levantar el mundo.

Para morder completamente el sabroso racimo que la fortuna suspendía sobre su frente, se fijó un plazo de quince días.

Presentarse en la corte, no ya como la solicitante, no como la miserable pordiosera recogida por madama de Boulainvilliers, sino como una descendiente de los Valois, con cien mil libras de renta; tener un marido duque y par, llamarse la favorita de la reina, y, en ese tiempo de intrigas y borrascas, gobernar el Estado dirigiendo al rey por medio de María Antonieta, tal era simplemente el panorama que se descórrió ante la inagotable imaginación de la condesa de La Motte.

Quando amaneció, se plantó en Versalles de un solo brinco. No tenía papeleta de audiencia, pero había llegado á ser tan grande la fe que tenía en su fortuna, que ya no dudaba ver desaparecer la etiqueta ante su deseo.

Tenía razón.

Todos aquellos oficiales de la corte, tan solícitos en adivinar los gustos del amo, habían observado lo mucho que se complacía María Antonieta en la sociedad de la linda condesa.

Esto fué bastante para que, á su llegada, un ujier inteligente, deseoso de hacerse con ella buen lugar, fuese á colocarse al paso de la reina que salía de la capilla, y pronunciase como por casualidad delante del gentilhombre de servicio estas palabras:



— Señor, ¿cómo haremos con madama de La Motte que no tiene papeleta de audiencia.

La reina estaba hablando en voz baja con madama de Lamballe, y al oír el nombre de Juana pronunciado por el ujier, dejó la conversación y se volvió, preguntando:

- ¿No dicen que está ahí madama de La Motte?
- Creo que sí, señora, respondió el gentilhombre.
- ¿Quién lo dice?
- Este ujier, señora.

El ujier hizo una modesta reverencia.

— Recibiré á madama de La Motte, dijo la reina prosiguiendo su camino.

Luego, al entrar en su cuarto, añadió.

— Conducidla al gabinete de los baños.

Y entró.

Juana, á quien el ujier contó sencillamente lo que acababa de hacer, llevó en seguida la mano al bolsillo, pero el ujier la detuvo con una sonrisa.

Juana volvió el dinero á su bolsillo, diciendo:

- Tenéis razón, amigo mío; gracias.
- ¿Por qué, añadió interiormente, no he de proteger á un ujier que me ha protegido á mí, cuando lo hago respecto de un cardenal?

A muy luego se halló Juana en presencia de su soberana.

María Antonieta estaba seria, poco benévola en apariencia, tal vez por la misma razón de haber favorecido demasiado á la condesa con un recibimiento inesperado.

En realidad, pensó la amiga del señor de Rohán, la reina se figura que vengo aun á mendigar... Antes que yo haya pronunciado veinte palabras, se habrá puesto risueña ó habrá mandado plantarme á la puerta.

— Condesa, dijo la reina, aún no he tenido ocasión de hablar al rey.

— Señora, V. M. ha sido demasiado bondadosa conmigo, y no espero más. Venís...

— ¿Á qué venís? dijo la reina, que era muy diestra en aprovechar las transiciones. ¿Quizá hay urgencia... para vos?

— Urgencia... sí, señora, pero no para mí... no.

— Entonces... es para mí. Vamos; hablad, condesa.

Y la reina condujo á Juana á la sala de baños, donde la aguardaban sus camaristas.

Viendo la condesa aquellas mujeres alrededor de la reina, no quiso dar principio á la conversación.

La reina despidió á las camaristas así que entró en el baño.

— Señora, dijo Juana, V. M. me está viendo muy embarazada.

— ¿Y de qué nace ese embarazo?

— Creo haber dicho á V. M. toda la solicitud con que el señor cardenal procura complacerme.

La reina frunció el entrecejo.

— No recuerdo, respondió.

— Yo creía...

— No importa... proseguid.

— Pues bien, señora; Su Eminencia me hizo el honor de visitarme anteayer.

— ¡Ah!

— Era por causa de un establecimiento de caridad que yo presido.

— Muy bien, condesa, muy bien. También yo daré para vuestro establecimiento.

— V. M. no comprende. He tenido el honor de deciros que no pedía nada. El señor cardenal me habló, según su costum-



bre, de la bondad de la reina, de su inagotable generosidad.

— ¿Y pidió que yo protegiese á sus protegidos ?

— Al principio sí, señora.

— Lo haré, no por el señor cardenal, sino por los desgraciados á quienes siempre acojo bien, sea quienquiera el que me lo envíe. Sólo que diréis á Su Eminencia que en la actualidad me hallo muy apurada de recursos.

— ¡ Ay ! señora, eso es lo mismo que yo le dije, y de ahí nace el embarazo de que hablaba á V. M.

— ¡ Ah, ah !

— Hice presente al señor cardenal la ardiente caridad que devora el corazón de V. M. así que le anuncian un infortunio cualquiera, y toda la generosidad que hace vaciar incesantemente el bolsillo de la reina, que le parece siempre demasiado estrecho.

— ¡ Bien, bien !

— Mirad, monseñor, le dije, como un ejemplo, S. M. se hace esclava de sus propias bondades ; se sacrifica por sus pobres ; el bien que hace se convierte en mal para ella, y con este motivo me acusé á mí misma.

— ¿ Cómo es eso, condesa ? dijo la reina que escuchaba con atención, sea porque Juana hubiese sabido tomarla por su flaco, ó bien porque el alma elevada de María Antonieta sintiese bajo aquel largo preámbulo un vivo interés, resultado de la preparación.

— Le dije, señora, que V. M. me había dado una fuerte suma algunos días antes ; que en estos dos años, había sucedido eso mismo á la reina, á lo menos mil veces, y que si la reina hubiese sido menos sensible y generosa, tendría hoy dos millones en caja, con los que ninguna consideración la impediría comprarse aquel hermoso collar de dia-

mantes tan noble y animosamente, pero, permitidme decirlo, señora, tan injustamente rechazado.

La reina se sonrosó y miró á Juana : verdaderamente, la conclusión estaba encerrada en la última frase. ¿ Había en ella un lazo, ó solamente adulación ? Sin duda, propuesta la cuestión de ese modo, no podía menos de haber peligro para una reina. Pero S. M. halló en el semblante de Juana tanta dulzura, tan cándida benevolencia, tanta verdad pura, que nada acusaba á semejante fisonomía de pérfida ó adúladora.

Y como la reina tenía un alma llena de verdadera generosidad, como en la generosidad se halla siempre la fuerza, y en la fuerza la sólida verdad, María Antonieta dijo, exhalando un suspiro :

— Sí, el collar es bello : quiero decir, lo era y me alegro de que una mujer de gusto me elogie por haberlo rehusado.

— ¡ Si supieseis, señora, exclamó Juana, cortando oportunamente la frase, cómo se acaba por conocer los sentimientos de las personas cuando uno se interesa por aquellos á quienes aman esas personas !

— ¿ Qué queréis decir ?

— Quiero decir, señora, que al oír vuestro heroico sacrificio del collar, ví al señor de Rohán palidecer.

— ¡ Palidecer !

— Al momento se arrasaron sus ojos de lágrimas. Yo no sé, señora, si es cierto que el señor de Rohán es hombre hermoso y un caballero cumplido como muchos pretenden ; pero lo que sé es que en aquel momento su cara, iluminada por el fuego de su alma y surcada de lágrimas excitadas por vuestro generoso desprendimiento, ¿ qué digo ? por vuestra privación sublime, aquella cara no se borrará jamás de mi memoria.



La reina se detuvo un momento en sacar el agua por el pico de cisne dorado que estaba sumergido en su baño de mármol.

— Y bien, condesa, dijo; puesto que el señor de Rohán os ha parecido tan hermoso y cumplido, como acabáis de decir, no os aconsejaré que se lo manifestéis; porque es un prelado mundano, un pastor que toma las ovejas tanto para sí como para el Señor.

— ¡Oh! señora...

— ¿Qué? ¿por ventura le calumnio? ¿No es esa la fama que tiene? ¿y no se vanagloria él de ella? ¿No le veis en los días de ceremonia agitar en el aire sus bellas manos, que no hay duda son bellas, para hacerlas parecer más blancas, y las devotas fijando en sus manos brillantes con el anillo pastoral unos ojos más brillantes aún que el diamante del cardenal?

Juana hizo una reverencia.

— Los trofeos del cardenal, prosiguió la reina animándose, son numerosos, y los hay que han dado escándalo.

El prelado es un enamorado como los de la Fronda. Así, que le alabe quien guste por eso, que yo me recuso.

— Pues bien, señora, dijo Juana puesta á sus anchuras por esa familiaridad, igualmente que por la situación enteramente física de su interlocutora; yo no sé si el señor cardenal pensaba en las devotas cuando me hablaba con tanto ardor de las virtudes de V. M.; todo lo que sé es que sus bellas manos, en vez de agitarse en el aire, se apoyaban sobre su corazón.

La reina agitó la cabeza acompañando este movimiento con una risa forzada.

— ¡Calla! pensó Juana. ¡Si irán las cosas mejor de lo

que creíamos! ¡Si será nuestro auxiliar el despecho! ¡Oh! si así fuese, tendríamos demasiadas facilidades.

La reina recobró pronto su aire noble é indiferente.

— Proseguid, dijo.

— V. M. me hiela, esa modestia que la hace rechazar hasta la alabanza...

— ¿Del cardenal? ¡Oh! sí.

— Pero, ¿por qué, señora?

— Porque me es sospechosa, condesa.

— No me toca, replicó Juana con el más profundo respeto, defender á aquél que ha sido bastante desgraciado para incurrir en el desagrado de V. M.; no debo dudar un momento que ese es muy culpable, puesto que ha desagradado á la reina.

— El señor de Rohán no me ha desagradado; lo que ha hecho fué ofenderme; pero soy reina cristiana, y de consiguiente doblemente inclinada á olvidar las ofensas.

Y la reina pronunció estas palabras con esa majestuosa bondad que solo ella poseía.

Juana guardó silencio.

— No decís ya nada.

— Si yo emetiese una opinión opuesta á la de V. M., os sería sospechosa, é incurriría en vuestra reprobación y en vuestro desagrado.

— ¿Opináis de diferente modo que yo respecto del cardenal?

— De un modo diametralmente opuesto, señora.

— No diríais eso si supierais lo que el príncipe Luis ha hecho contra mí.

— Yo sólo sé lo que le he visto hacer por el servicio de V. M.



— ¿Galanterías?

Juana se inclinó.

— ¿Urbanidades, votos, cumplimientos? prosiguió la reina.

Juana guardó silencio.

— Condesa, profesáis al cardenal una amistad viva; no volveré á atacarlo en vuestra presencia.

Y la reina se echó á reir.

— Señora, respondió Juana, prefiero vuestra cólera á vuestra burla. Lo que el señor cardenal experimenta por V. M. es un sentimiento tan respetuoso, que estoy segura se moriría si viese á la reina reirse de él.

— ¡Oh, oh! entonces muy cambiado está.

— Pero V. M. me hizo el honor de decirme el otro día que hacia ya diez años que el señor de Rohán estaba apasionadamente...

— Me chanceaba, condesa, dijo la reina con severidad.

Reducida Juana al silencio, pareció á la reina resignada á no continuar la lucha, pero María Antonieta se equivocaba. Para esas mujeres, de una naturaleza de tigre y de serpiente, el momento en que se repliegan es siempre el prelude del ataque; el reposo concentrado precede á su ataque.

— Habláis de esos diamantes, dijo imprudentemente la reina. Confesad que habéis pensado en ellos.

— Día y noche, señora, respondió Juana con la alegría de un general que ve á su enemigo cometer una falta decisiva. ¡Son tan hermosos! ¡Sentarán tan bien á V. M.!

— ¿Qué es lo que decís?

— Sí, señora, digo que sentarán bien á V. M.

— ¡Pero si están vendidos!

— Sí, están vendidos.

— ¿Al embajador de Portugal?

Juana agitó suavemente la cabeza.

— ¿No? añadió con viveza la reina.

— No, señora.

— Entonces, ¿á quién?

— Los ha comprado el señor de Rohán.

La reina dió un repulso, y enfriada al punto, exclamó:

— ¡Ah!

— Mirad, señora, dijo Juana con una elocuencia llena de ardor y arrebato, lo que hace el señor de Rohán es soberbio; lo hace por un impulso de generosidad y buen corazón; y es un bello impulso. Un alma como la de V. M. no puede menos de simpatizar con todo el que es bondadoso y sencillo. Apenas el señor de Rohán supo por mí, lo confieso, el apuro de dinero en que momentáneamente se hallaba V. M.: « ¡Cómo! exclamó. La reina se priva de lo que no osaría privarse la mujer de un asentista! ¡Cómo! ¿Puede la reina exponerse de ese modo á ver un día á madama de Necker engalanada con esos diamantes? »

El señor de Rohán ignoraba aun que el embajador de Portugal los tenía ajustados. Se lo dije, y su indignación redobló: « Ya no se trata, dijo, de un obsequio á la reina sino de la dignidad real. Conozco el espíritu de las cortes extranjeras, vanidad, ostentación; se reirán en ellas de la reina de Francia, que no ha tenido dinero para satisfacer un gusto legítimo; ¡y habría yo de permitir que se burlasen de la reina de Francia! ¡No, jamás! » Y me dejó bruscaamente. Al cabo de una hora supe que había comprado el collar.

— ¿Por millón y medio de libras?



— Por un millón seiscientas mil libras.

— ¿Y con qué intención lo ha comprado?

— Con la de que, ya que no podía ser de V. M., á lo menos no lo poseyera ninguna mujer.

— ¿Y estáis segura de que no lo ha comprado para regalarlo á alguna querida?

— Estoy segura de que lo destruirá antes que verlo brillar en otro cuello que en el de la reina.

María Antonieta se puso á reflexionar, y su noble fisonomía dejaba ver sin velo todo lo que pasaba en su alma.

— Lo que el señor de Rohán ha hecho, dijo, está bien es un rasgo noble y que prueba un afecto delicado.

Juana absorbía con ardor estas palabras.

— De consiguiente daréis las gracias al señor de Rohán, prosiguió la reina.

— ¡Oh! sí, se las daré, señora.

— Y añadiréis que me queda probada la amistad del señor de Rohán, y que yo, á fuer de un hombre honrado; como dijo Catalina, lo acepto todo de la amistad á condición de desquite. Así, acepto, no el regalo del señor de Rohán...

— ¿Entonces qué?

— Sino su anticipo. El señor de Rohán ha tenido á bien anticipar su dinero ó su crédito por complacerme. Yo le devolveré su dinero... ¿Creo que Böhmer pedía algún dinero de presente?

— Sí, señora.

— ¿Cuánto? ¿no eran doscientas mil libras?

— Doscientas cincuenta mil.

— Es el trimestre de la pensión que me pasa el rey. Me la han enviado esta mañana; bien sé que es anticipada, pero al fin me la han enviado.

La reina llamó á sus camaristas, quienes la vistieron, después de haberla envuelto en finas batistas calientes.

Habiendo quedado sola con Juana y reinstalada en su cuarto, dijo á la condesa:

— Tened á bien abrir ese cajón.

— ¿El primero?

— No, el segundo. ¿No hay ahí una cartera?

— Aquí está, señora.

— Contiene doscientas cincuenta mil libras. Contadlas. Juana obedeció.

— Llevadlas al cardenal. No olvidéis el darle gracias, y decidle que me arreglaré todos los meses para pagar de ese modo. Ya arreglaremos los réditos. De esta manera tendré el collar que tanto me agradaba, y si tengo que estrecharme para pagarlo, á lo menos no molestaré al rey.

Dicho esto, se quedó pensativa por espacio de un minuto, luego prosiguió:

— Y también habré ganado en ello, puesto que he sabido que tengo un amigo delicado que me ha servido...

É hizo otra pausa.

— Y una amiga que ha adivinado mi pensamiento, prosiguió, presentando su mano á Juana, que se precipitó sobre ella.

Luego, al ir á salir, después de haber vacilado otra vez:

— Condesa, dijo en voz baja como si tuviese miedo de lo que decía, haced saber al señor de Rohán que será bien recibido en Versalles, y que tengo que darle gracias.



Juana se lanzó fuera del aposento, no embriagada, sino loca de orgullo satisfecho, y estrechando los billetes de Banco como un buitre estrecha la presa robada

## CAPÍTULO XVII.

## LA CARTERA DE LA REINA

La importancia de esa fortuna, en sentido propio y figurado, que llevaba Juana de Valois, nadie la sentía más que los caballos que la condujeron de Versalles, pues si jamás caballos presurosos de ganar un premio volaron, fueron aquellos dos pobres caballos alquilados.

Su cochero, estimulado por la condesa, les hizo creer que eran los ligeros cuadrúpedos del país de Elis, y que era lance de ganar dos talentos de oro para el dueño, y triple cebada mondada para ellos.

Aun no había salido el cardenal, cuando llegó á su casa madama de La Motte, penetrando en medio de su hotel y de sus dependientes, y mandando anunciarla con más ceremonia que en el cuarto de la reina.

— ¿Venís de Versalles? preguntó el cardenal.

— Sí, monseñor.



El cardenal fijó en ella una penetrante mirada, pero Juana estaba impenetrable, y aunque vió su temblor, su tristeza é incomodidad, no se compadeció de nada.

— ¡Y bien! exclamó el cardenal.

— Y bien; sepamos, monseñor, lo que deseáis; hablad un poco, á fin de que no tenga yo que hacerme demasiadas reconvenções.

— ¡Ah!... ¡Condesa, me decís eso en un tono!...

— Capaz de entristecer, ¿no es eso?

— ¡Capaz de matar!

— ¿No queríais que viese á la reina?

— Sí.

— Pues la he visto... ¿No queríais que ella me dejase hablar de vos, cuando varias veces había manifestado su esquivéz y su desagrado al oír pronunciar vuestro nombre?

— Si he abrigado ese deseo, veo que debo renunciar á verlo satisfecho.

— No, la reina me ha hablado de vos.

— Ó mejor dicho, ¿habéis vos sido bastante buena para hablarle de mí?

— Verdad es.

— ¿Y S. M... ha escuchado?

— Eso necesita explicación.

— No me digáis una palabra más, condesa, pues veo bien la mucha repugnancia que S. M. ha tenido...

— No, no tanta... He osado hablarle del collar.

— ¿Habéis osado decir que he pensado...

— Comprarle para ella, sí.

— ¡Oh! condesa, eso es sublime. ¿Y ha escuchado?

— ¡Pues no había de escuchar!

— ¿Y le habéis dicho que yo le ofrecía esos diamantes?

— Y los ha rehusado terminantemente.

— ¡Soy perdido!

— Ha rehusado aceptar el regalo, pero el empréstito...

— ¡El empréstito!... ¿Habríais sabido presentar la oferta con tanta delicadeza?

— Con tanta delicadeza, que la ha aceptado.

— ¿Yo prestar á la reina, yo? Condesa, ¿es posible?

— Es más que si regaláseis, ¿no es verdad?

— Mil veces más.

— Así lo pensaba yo. En todo caso, S. M. acepta.

El cardenal se levantó, luego volvió á sentarse; se levantó otra vez, acercóse á Juana, y cogiéndole las manos, dijo:

— No me engaños; reflexionad que con una sola palabra podéis hacer de mí el último de los hombres.

— Monseñor, no se juega con las pasiones; con el ridículo, pase; y los hombres de vuestro rango y vuestro mérito no pueden ser ridículos jamás.

— Verdad es. ¿Entonces lo que me decís?

— Es la pura verdad.

— ¿Tengo un secreto con la reina?

— Un secreto... mortal.

El cardenal corrió á estrechar la mano de Juana con ternura.

— Amo ese apretón de manos, dijo la condesa; porque es de hombre á hombre.

— Es de un hombre dichoso á un ángel protector.

— Monseñor, no exageréis nada.

— ¡Oh! digo lo que siento; mi alegría, mi gratitud, jamás...



— Estáis exagerando una y otra. El prestar millón y medio á la reina ¿era todo lo que necesitabais?

El cardenal suspiró.

— Monseñor, Buckingham habria pedido otra cosa á Ana de Austria, después de sembrar sus perlas sobre el pavimento de la cámara regia.

— Lo que Buckingham ha obtenido, condesa, yo no quiero siquiera deseárselo, ni aun en sueños.

— En cuanto á eso, monseñor, os explicaréis con la reina, porque me ha mandado advertiros que os vería con placer en Versalles.

No bien la imprudente terminó estas palabras, cuando el cardenal se puso blanco cual un adolescente bajo el primer beso de amor, y tomó á tientas, como un hombre ebrio, el sillón que se hallaba á su alcance.

— ¡Ah, ah! pensó Juana. Esto es aún más serio de lo que yo creía. Yo había soñado con el título de duque, de par, con cien mil libras de renta, y veo que llegaré hasta el título de príncipe, y una renta de millón y medio, porque el señor de Rohán no obra por ambición ni avaricia, sino por amor.

El cardenal se repuso al punto. La alegría no es una enfermedad de larga duración, y como el cardenal era un espíritu sólido, juzgó conveniente hablar negocios con Juana á fin de hacerla olvidar que acababa de hablar de amor.

Juana le dejó obrar libremente.

— Amiga mía, dijo estrechando á Juana en sus brazos, ¿qué pretende hacer la reina de ese préstamo que le habéis supuesto?

— ¿Me lo preguntáis porque se cree que la reina no tiene dinero?

— Precisamente.

— Pues bien; pretende pagaros como si pagase á Bøhmer, sólo que si hubiese comprado el collar á Bøhmer lo sabría todo París, y eso lo quiere evitar á todo trance, desde el famoso dicho del navío, porque si ella jugase esa pasada al rey, toda la Francia lo llevaría á mal. De consiguiente quiere adquirir en detalle los diamantes y pagarlos también en detalle. Vos le proporcionáis esa ocasión; sois para ella un cajero discreto y solvente, en el caso en que ella se hallase apurada de dinero, y punto concluido. Está contenta, y paga; así, no pidáis más.

— ¡Conque paga! ¿Y cómo?

— La reina, como mujer que lo comprende todo, sabe bien que tenéis deudas, monseñor; y por otra parte, tiene orgullo, y no es una amiga que reciba regalos... Cuando le he dicho que habíais adelantado doscientas cincuenta mil libras...

— ¿Se lo habéis dicho?

— ¿Y por qué no?

— Porque era hacerle en el acto imposible la adquisición.

— Era procurarle el medio, el motivo de aceptarlo. Nada por nada, he ahí la divisa de la reina.

— ¡Dios mío!

Juana registró tranquilamente su bolsillo, y sacó la cartera de S. M.

— ¿Qué es eso? preguntó el señor de Rohán.

— Una cartera que contiene doscientas cincuenta mil libras en billetes de Banco.

— Efectivamente.

— Y la reina os los envía dándoos al mismo tiempo las más expresivas gracias.



- ¡ Oh !  
 — He contado los billetes y la cuenta está exacta.  
 — No es eso lo que miro.  
 — Pues ¿ qué miráis ?  
 — Esta cartera que yo no os he visto nunca.  
 — Parece que os gusta; sin embargo no es hermosa y rica.  
 — Me gusta sin saber por qué.  
 — Tenéis buen gusto.  
 — ¿ Os burláis ? ¿ Por qué me decís que tengo buen gusto ?  
 — Porque tenéis el mismo gusto que la reina.  
 — Esta cartera...  
 — Era de la reina, monseñor.  
 — ¿ La estimáis mucho ?  
 — ¡ Oh ! muchísimo.  
 El cardenal suspiró, y dijo :  
 — Es muy natural.  
 — Sin embargo, si os agrada tanto... dijo la condesa con esa sonrisa capaz de comprometer á un santo.  
 — Demasiado lo conocéis.  
 — Quedaos con ella.  
 — ¡ Condesa ! exclamó el cardenal arrebatado de alegría, sois la amiga más preciosa, de más talento, la más...  
 — Sí, sí.  
 — Y entre nosotros...  
 — ¡ En la vida y en la muerte ! Eso es lo que se dice siempre. No, yo sólo tengo un mérito.  
 — ¿Cuál ?  
 — El de haber manejado vuestros negocios con bastante fortuna y con mucho celo.  
 — Si no tuvieseis más que ese mérito, amiga mía, diría

que no valgo menos que vos, puesto que mientras ibais á Versalles, también yo he trabajado por vos, querida.

Juana miró al cardenal con sorpresa.

— Sí, una miseria, añadió éste. Ha venido mi banquero á proponerme el tomar acciones sobre no sé qué negocio de desagüe ó explotación de laguna.

— ¡ Ah !

— Y como era una ganancia segura, acepté.

— Y habéis hecho bien.

— ¡ Oh ! vais á ver que siempre ocupáis el primer lugar en mi pensamiento.

— El segundo, y es aun más de lo que yo merezco, pero veamos.

— Mi banquero me ha dado doscientas acciones, y he tomado la cuarta parte para vos.

— ¡ Oh ! monseñor...

— Dejadme obrar. Al cabo de dos horas volvió. El mero hecho de haber colocado esas acciones hizo que subiesen un ciento por ciento, y me dió por consiguiente cien mil libras.

— Bella especulación.

— De las que he aquí vuestra parte, querida condesa ; quiero decir, querida amiga.

Y del paquete de las doscientas cincuenta mil libras enviadas por la reina, deslizó veinticinco mil en la mano de Juana.

— Está bien, monseñor, dádivas sobre dádivas. Lo que más me lisonjea es el que hayáis pensado en mí.

— Lo mismo me sucederá siempre, replicó el cardenal besándole la mano.